

SOBRE TOPONIMIA ESPAÑOLA DE ORIGEN PRERROMANO: ALGUNOS EJEMPLOS DE ETIMOLOGÍA POPULAR EN EL SUR DE LA PENÍNSULA

EDUARDO JOSÉ JACINTO GARCÍA
Universidad de Jaén

Introducción

Descubrir el origen de los nombres propios de lugar no es tarea fácil, sobre todo cuando se trata de topónimos de gran antigüedad. Con bastante frecuencia este tipo de nombres es objeto de etimologías populares o falsas interpretaciones, ya que los diferentes estratos lingüísticos que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo hacen muy difícil la identificación de la lengua en que se formaron. La toponomástica se ha considerado por esa razón una disciplina bastante resbaladiza. Cuando no se puede recurrir a la semántica de una palabra, sólo cabe la posibilidad de comparar formalmente las raíces, con los riesgos que esto conlleva. Sin embargo, es preferible formular hipótesis, por arriesgadas que éstas parezcan, a ignorar aquellos topónimos que hoy nos parecen oscuros.

En el presente trabajo vamos a plantear una idea que aún no hemos podido verificar por completo, aunque pensamos que existen bastantes indicios como para que sea tenida en cuenta. Hablamos de algunos topónimos e hidrónimos identificados generalmente con el apelativo *torre*, que en realidad podrían no proceder del latín *turrís*, sino de una raíz mucho más antigua, prerromana, que se empleó prácticamente en toda la Península Ibérica para designar pequeños ríos y fuentes: *tur/turr-. Para llegar a esta conclusión hemos tenido en cuenta los datos que proporciona la historia, así como los textos medievales que reflejan la forma primitiva del topónimo. En cuanto a nuestra hipótesis, ésta surgió, como veremos, a partir de la lectura de varios trabajos realizados por Francisco Villar (1995a, 2000), ampliados más tarde por Francisco Rodríguez Adrados (2001). Como es bien sabido, ambos se dedican, entre otros muchos temas, al estudio de las lenguas paleohispánicas de origen indoeuropeo.

1. Sobre el fenómeno de la asociación etimológica

En la antigüedad, cuando un pueblo se establecía por primera vez en un territorio, solía bautizarlo con un nombre que hiciera alusión a una característica especial del terreno. Esto se debía a la naturaleza nómada de los pueblos primitivos, que así podían recordar los diversos lugares en los que se habían asentado. En general, todos los topónimos tenían en su origen un significado transparente. Sólo más tarde, cuando se producía un cambio de índole cultural, provocado normalmente por la invasión de una tribu que hablaba otra lengua, el topónimo evolucionaba, y lo podía hacer de tres modos distintos: se conservaba el nombre original, a pesar de no ser comprendido por los nuevos colonos; se sustituía el topónimo por otro, bien mediante su traducción, bien por uno completamente nuevo; o, finalmente, se podía respetar en lo posible la forma del nombre primitivo, pero asimilándolo a otro de la nueva lengua, por lo que su significado cambiaba. A esto último se le ha llamado *cambio por etimología popular* o *asociación etimológica*. Debido a la necesidad de encontrarle sentido a aquellas palabras que habían dejado de ser inteligibles, los moradores de un lugar podían asignar un nuevo significado al topónimo sin necesidad de sustituirlo, gracias al fenómeno de la paranomasia y a la homonimia.

Se pueden encontrar multitud de ejemplos de etimología popular, incluso en época antigua. Avieno, en su poema geográfico *Ora Marítima* llama al río Ebro *Flumen oleum* 'río oleo', 'río del aceite' (Avieno, *Ora Marítima*: 505). Esto no se debió a que existieran muchos olivos cerca de su ribera, sino a un error, a una falsa etimología. Avieno tomó el hidrónimo del griego *Élaios*, que a su vez transcribía el nombre ibérico del río, que no era otro que *Elaisos* (Schulten 1963: 26). En el dialecto jónico-ático que hablaban los comerciantes griegos, la /s/ intervocálica no se pronunciaba. Estamos, pues, ante una etimología popular por homonimia (coinciden formalmente dos palabras diferentes). Otro ejemplo: Tito Livio cita en el libro XXIII de su obra *Ab urbe condita* una ciudad bastetana llamada *Orongis*. Éste era el nombre con que los propios habitantes llamaban a su ciudad (Livio, *Ab urbe condita*: XXXIII, 3). Los arqueólogos han identificado esta *Orongi* con el *oppidum* ibérico existente bajo el suelo del Cerro de Santa Catalina, en Jaén. Cuando la fortaleza es destruida por los romanos, éstos vuelven a fundar una nueva ciudad, y le cambian levemente el nombre: *Auringis* en lugar de *Orongis* (Serrano Peña 2004: 12-14). En las inscripciones de época imperial se habla ya del *municipium flaviense aurgitanum* (Jiménez Cobo 2000: 47). Posiblemente la etimología popular fue también la causante de que la vocal /o/ diptongara de forma insólita en /au/, dando así la raíz auri- que en latín significa 'de oro'. Evidentemente, no había oro en esta ciudad (los historiadores hablan en todo caso de yacimientos de plata), pero vivir en una hipotética ciudad «dorada» pudo sonar mejor a los oídos de los romanos que se instalaron en el primitivo Jaén.

La falsa asociación etimológica no sólo se produce cuando la lengua de los vencedores se impone a la de los vencidos. Los topónimos españoles de origen

latino, por ejemplo, también han sufrido este fenómeno. Al evolucionar, la forma originaria puede quedar deformada de tal modo que los hablantes de la nueva lengua romance dejan de entender su significado. Para recobrarlo, se buscan palabras parecidas, aunque en el plano semántico no tengan ninguna relación. En Granada existe un pueblo de nombre bastante malsonante: *Asquerosa*. La etimología cierta de este lugar se remonta al latín *Aquae Rosae*, 'aguas rubias' (Celdrán 2003: 94). Éste es un ejemplo de hasta qué punto la imaginación popular puede intervenir en la evolución fonética de un nombre.

En los topónimos que ahora nos interesan, como Torres, pueblo de la provincia de Jaén, o Torrox, en Málaga, pudo haber sucedido algo semejante a lo que acabamos de ver. Una posible raíz prerromana *turr- pudo haber dado lugar a algunos nombres de lugar compuestos por Torre-, confundándose con el apelativo romance, como ya supo ver el profesor Adrados para otros casos (2001: 572-573). Nosotros queremos profundizar más en este sentido, aportando nuevos indicios que apunten en esta dirección.

2. Testimonios primitivos de la raíz *tur/turr en Hispania

En el año 1964, el lingüista alemán Hans Krahe publica una obra de gran trascendencia: *Die Struktur der alteuropäischen Hydronimie*. En ella Krahe recoge una gran cantidad de hidrónimos extendidos por toda Europa pertenecientes a un sustrato indoeuropeo muy antiguo. Este pueblo, que él llama «antiguo europeo» (*Alteuropäisch*), debió confundir las vocales primitivas /a/ y /o/ en una sola /a/, pues las raíces que encontró eran idénticas en su estructura a las del resto de lenguas indoeuropeas, salvo por poseer una /a/ allí donde se esperaría una /o/. Según una teoría mucho más reciente, propuesta por Francisco Villar, el pueblo o los pueblos que pusieron nombre a la mayor parte de los ríos europeos no confundieron las dos vocales antes mencionadas, ya que éstos jamás llegaron a tener en el sistema de su lengua una /o/. Esto probaría su gran antigüedad, pues Villar reconstruye para el antiguo indoeuropeo un sistema vocálico caracterizado por cuatro vocales, en los que la vocal /a/, algo más cerrada que la nuestra, ocuparía el lugar de la /o/.

Hidrónimos del llamado *antiguo europeo* se documentan también en la Península Ibérica. Y aún más, los ríos del sur y el este de la Península, zonas que han ocupado diferentes pueblos identificados normalmente con la civilización íbera, tienen también un origen posible en el *antiguo europeo*¹. La cuestión se halla en estos momentos en pleno debate. Si el nombre de los ríos es de origen

¹ Villar (2001: 270), profundizando en la génesis de la hidronimia *alteuropäisch* en España, llega a hablar de toponimia meridional-ibero-pirenaica para referirse a un antiquísimo sustrato indoeuropeo anterior a la llegada de otros pueblos de la misma familia lingüística, y aun de los propios íberos.

indoeuropeo en zonas donde no se documentan toponimia ni onomástica pertenecientes a esta familia lingüística, esto quiere decir que debió de producirse una migración muy antigua de pueblos centroeuropeos en el interior de nuestra Península, incluso anterior a la propia llegada de los pueblos íberos.

La raíz *tur/turr- pertenece seguramente a este conjunto de raíces paleoeuropeas, estudiadas desde hace mucho tiempo por múltiples investigadores: en primer lugar como componente de antropónimos celtas (Palomar Lapesa 1960:347-387). Algunos nombres celtíberos que incluyen esta raíz son: *Turacia*, *Turaga*, *Turaesumu*, *Turainus*, *Turaen*, *Turaius*, *Turanci* (*genit.*) *Turancius*, *Turani* (*genit.*), *Tureunus*, *Turiannus*, *Turoli*, *Turos*, *Turros*, *Thurri*, *Thuri* (*genit.*). La etimología que se suele aducir en estos casos es la indoeuropea *teu- 'hincharse' más un alargamiento -r, que está presente en antiguo indio *turá*- 'fuerte, poderoso, rico'. Sin embargo, existe también una gran cantidad de topónimos, ríos, fuentes y arroyos que poseen este elemento *tur/turr (Hubschmid 1960: 461; Rivas Quintas 1994: 76-78). En una excelente obra, Villar (1995a: 201-222) los enumera, clasificándolos según los diversos sufijos y alargamientos que podían llevar. Los principales formas son:

1. Formas con sufijo -ā, -iā, -io/e: el río *Turia*: Avieno y Plinio lo llaman *Turius*, Pomponio Mela, *Turia*, Ptolomeo, *Tourios*, genitivo de *Turis*. Una forma derivada se puede encontrar en el nombre de una posible divinidad fluvial: *Turiacus*, documentado en fuentes epigráficas (CIL II, 5551)². Hoy en día perviven varios ríos y arroyos homónimos en Galicia y Asturias. La forma con -ā, alternando con los temas en -i- se documentan en numerosos ríos actuales, como vamos a ver en el próximo apartado. Otros topónimos que presentan esta raíz son *Turobriga*, en la Beturia céltica, *Turoqua* (según el *Itinerario de Antonino*) /*Turaqua* (según el *Anónimo de Ravena*). A pesar de las críticas de Adrados (2001: 576), Villar se inclina a pensar que el segundo elemento de este topónimo sería -*aqua*, con el significado de río (como en gótico -*ahva*). *Turaqua* querría decir entonces 'río *Tur*'. Ptolomeo sitúa en la *Callaecia Lucense* la ciudad de *Touriga*. Hay que tener en cuenta que la vibrante múltiple es un fonema alófono de la primitiva raíz. Hubschmid (1960: 461) relaciona la antigua ciudad de *Itoúrisa* (Ptolomeo) o *Turissa* (*Itinerario de Antonino*), en Navarra, con la palabra vasca *iturri* 'fuente'. Villar (1995a: 226), para salvar la etimología, opina que la voz *iturri* sería no una palabra patrimonial vasca (de hecho no posee ninguna etimología convincente). Más bien, se trataría de una de tantas voces celtas o íberas que pasó en época prehistórica a esta lengua. La vocal inicial i- de *Itoúrisa* sería un prefijo, como le sucede a la voz, posiblemente íbera, *i-baika*, que en español evoluciona a *vega*. *Tossa* es la descendiente actual de *Turissa*. Además, existe la antigua ciudad de *Turiasso*, que hoy es *Tarazona*.

² La pervivencia de este nombre derivado de *Turia*, más el conocido sufijo -ko, lo podemos encontrar casi con toda seguridad en el topónimo *Turriague* (Lahigera, Jaén).

2. Formas con sufijo *-kā-* (*-ko-*): El topónimo más representativo es *Turkalium/Turgalium*, la moderna Trujillo (con metátesis hispanoárabe). Todos los nombres *Torca* y *Torcal* modernos serían descendientes de esta forma. Villar (1995a: 210) también incluye en esta serie el antiguo poblado de Iiturgi, que él traduce como 'ciudad de Turcis'. Nosotros, en cambio, pensamos que habría que fragmentar este nombre de la siguiente manera: Ili-Tur-gi. La mayoría de los investigadores interpretan el primer elemento *ili-* como el apelativo íbero para el concepto de 'ciudad'. En cambio, *-gi* es un sufijo que se repite muy a menudo en topónimos del sur de la Península (como en *Astigi*, *Orongi*, *Ossigi*, *Tutugi*, etc.), y posiblemente con alguna conexión con lenguas del norte de África. Algunos consideran que podría hacer referencia a algún accidente geográfico. En todo caso, nosotros creemos que *Iiturgi* podría traducirse como 'ciudad del Tur', que sería uno de los antiguos nombres que tuvo el Guadalquivir, aunque no nos ha llegado testimonio directo de él. Cerca de *Iiturgi*, y también a orillas del Guadalquivir, existe la antigua ciudad de *Isturgi* (Los Villares de Andújar, Jaén).

3. Formas con sufijo *-mā-* (*-mo-*) y *-tā-* (*-to-*). En relación con el primer sufijo tenemos el famoso río Tormes (**<Turmis*) y una ciudad cerca de Mérida, *Turmulum*, que cita el *Itinerarium Antoninii* (435.5) y el *Ravenate* (319.13). El tardío historiador Orosio habla además de los Turmogi, pueblo vecino al sur de los cántabros. Más interesante aún resultan las formas con sufijo dental *-tā-* (*-to-*). Resumiendo, Villar (1995b) defiende que *Tartessos* y *Tarsis* comprenderían la raíz **tur/turr* con una variante más arcaica **tar-* (recuérdese la vocal omnipresente de los hidrónimos paleoeuropeos de Krahe). *Tartessos* y *Tarsis* provendrían de la forma **Tarta* o **Tartis*. Posteriormente, los descendientes de esta mítica civilización fueron los túrdulos y los turdetanos (y la región que habitaron se llamó Turdetania, a lo largo de todo el valle del Guadalquivir). La sonorización de un fonema oclusivo tras vibrante es un fenómeno bien conocido —ya lo hemos visto a propósito de *Turkalium/Turgalium*—.

En pocas palabras, Villar propone una etimología indoeuropea que pudiera dar cuenta tanto del uso antroponímico como de los hidrónimos y topónimos de esta raíz **tur/turr*. Existen tres opciones verosímiles: 1) **teur-r/*tu-r*: 'hincharse'; 2) **tuer/tur* 'arremolinarse, precipitarse'; 3) **ter/t.r>tur* 'restregar, romper por fricción, perforar'. Después de sopesar los argumentos en pro y en contra, tanto formales como semánticos, el profesor de la universidad salmantina se inclina por la forma **ter/tar-*, 'frotar, restregar, romper por fricción', etc. en la modalidad de grado cero con vocalización en /ur/.

3. Testimonios de la raíz **tur/turr-*

Lo que en este trabajo queremos mostrar es la posibilidad de que algunos pueblos antiguos con topónimos relacionados con el apelativo *torre* pudieron haber sufrido un cambio semántico por etimología popular, al confundirse el topónimo

prerromano que acabamos de ver, con la forma moderna descendiente del latín *turris*. Para ver esto más claro, vamos a incluir una serie de hidrónimos y topónimos actuales que han podido evolucionar de la raíz paleohispánica *tur/turr. Se verá entonces el gran parecido entre estas formas y la voz castellana *torre*.

La forma antigua *Turia* que veíamos atrás se ha conservado en la actualidad bajo diversas formas. Hay un *Turia* afluente del Eo, entre Galicia y Asturias, *Touria* (Pousos, Leira, Beira Litoral). La variante con vibrante múltiple la encontramos en *Turria* (Castalla, Alicante) y en la fuente *Turrios* (Berceo, La Rioja). Sin embargo, los topónimos e hidrónimos que más se asemejan a *torre/torres* son los siguientes: del nombre *Turis* (tema en -i- muy corriente en la hidrotponimia) tenemos *Tores* (Puerto del Son, Coruña, junto al río Quintans) y varias fuentes *Turres* (Ojacastro, La Rioja; Santurde, La Rioja); *Turre* (Almería; Caravaca, Murcia; Molino de la Tor, Calahorra, La Rioja). La forma *Turre* de Caravaca conserva aún la variante *Turri* como arcaísmo (Villar 1995: 202). Además, existen formas femeninas en -ã: el arroyo del desagadero de *Turra* (Campo de Montiel, Ciudad Real); Arroyo de *Turra* (Cilleros el Hondo, Salamanca), la laguna de *Turra* (Nieva, Segovia), *Turra*, (Caravaca, Murcia), y *Turras* (Cuevas del valle, Ávila; y en numerosas fuentes de La Rioja). La forma *Torra* la encontramos, por ejemplo, en Abella de la Conca (Lérida), Baronía de Rialp (Lérida), Albarán (Murcia) y Benitachel (Alicante). Otro *Torras* lo encontramos en Abrera (Barcelona). Es en la parte oriental de la Península donde se concentran estas formas *Torra*, *Torras* (curiosamente donde en su día estuvieron asentadas las diferentes tribus íberas). La forma masculina *Turro* la vemos en Caravaca (Murcia), la laguna *Torro* en Jerez de la Frontera, Cádiz; el río de la *Torro* (Santa Cruz del Valle, Ávila), camino del *Turro* (Salar, Granada).

El método acumulativo que hemos seguido a partir del trabajo de Villar resulta sumamente valioso, aunque pensamos que para que resulte totalmente convincente habría que detenerse caso por caso en la historia de cada uno de los topónimos y microtopónimos. Es lo que vamos a hacer con dos topónimos andaluces: *Torres* (Jaén) y *Torrox* (Granada).

4. La antigua alquería árabe de Torres

Con motivo del estudio etimológico de su segundo apellido, el profesor Rodríguez Adrados (2001) se detiene a analizar el topónimo *Torreadrada*. En este trabajo demuestra que el primer componente del nombre no se refiere a la palabra *torre*, sino a la antigua raíz que estamos tratando. Para ello Adrados se basa en un documento del siglo IX, donde se documenta la variante *fontem Aderata* 'fuente Sagrada': «El autor del documento latino estaba traduciendo *Turr* por *fontem*: todavía era inteligible, pero se prefería el latín. Pero, evidentemente, a nivel local se siguió diciendo **Torradrada*, de donde, por etimología popular, *Torreadrada*» (Adrados 2001: 572). Este investigador ve también bastante verosímil que otros muchos topónimos como *Torrelaguna*, *Torrelodones* y *Torrelavega* provengan de *Turr* 'agua, laguna, río' (Adrados 2001: 573).

El topónimo que vamos a estudiar a continuación, *Torres*, resulta tan absolutamente transparente que nadie hasta ahora se ha preguntado por el origen de este nombre. Sin embargo, existe un hecho que ya destacaron dos grandes medievistas, Manuel Jiménez Sánchez y Tomás Quesada Quesada, en un trabajo del año 1992: «En los confines de la conquista castellana: toponimia y poblamiento de los montes granadino-jiennenses en el siglo XIII según la documentación cristiana». Cuando el ejército castellano tomó Baeza (1226), anexionándose la alquería de Torres, ésta ya se conocía con tal nombre. No fue algo impuesto por los cristianos de habla castellana. Se trata, por tanto, de un topónimo preárabe (Jiménez y Quesada 1992: 58). El primer documento en el que se registra el nombre de *Torres* data del 19 de mayo de 1231. Es un privilegio otorgado por Fernando III en el que delimita los términos del concejo de Baeza: «*et de Ferrumbral per Guadalquivir ad sursum usque ad Torres sicut dividit terminum cum Jahen et do vobis Torres cum suo termino*». Los dos investigadores antes mencionados descartan que se trate de un nombre castellano, pues «aún en esa fecha no se había llevado a cabo la “repoblación” de la propia ciudad de Baeza. Parece, por tanto, poco factible que un término situado en los confines más extremos del alfoz de la misma, que parte términos con la aún ciudad musulmana de Jaén, haya sido organizado y “repoblado” antes que Baeza» (Jiménez y Quesada 1992: 58). También descartan la posibilidad de que *Torres* sea la traducción del término equivalente *burūy*, plural de *burý*, ‘torre’, dada la cantidad de topónimos compuestos por esta raíz árabe que casi nunca fueron traducidos. Además, a lo largo de todo el documento latino se trasciben los nombres árabes tal cual son, sin ningún intento de adaptación ni traducción. Por otra parte, la antigüedad de Torres se adivina por el hecho de que contara ya con un término propio: «*do vobis Torres cum suo termino*». El principal río que pasa por esta zona precisamente se llama *Torres*, y no se tiene constancia de que haya recibido ningún otro nombre anteriormente. Aunque no se trata de un dato fundamental para nuestra hipótesis, el hecho de que el río que pasa cerca de Torres y de otros pueblos se llame también así podría apuntar al hecho de que se trate de un hidrónimo más de la serie *tur/turr. Por el momento no podemos saber si el río dio nombre al poblado, o a la inversa. Sin embargo, sí conocemos el nombre prerromano de Torres: *Ossigi*. Esta población, muy romanizada, ha sido hallada a varios kilómetros del pueblo, en el cercano cerro de Alcalá. Aprovechando antiguas estructuras ibero-romanas, allí se levantó una pequeña fortaleza árabe, que el profesor Vicente Salvatierra (2001: 69-70) ha identificado en las fuentes árabes con el nombre de *Qal’at al-Asaṭ*. Resulta claro que el cerro de Alcalá conserva aún el topónimo árabe *Qal’at*. No sería extraño entonces que el río diera el nombre a la pequeña alquería que surgió aprovechando sus aguas. Sin embargo, la cuestión principal es: ¿hubo torres alguna vez en Torres? Parece ser que antes de recibir el topónimo no. La tradición cuenta que este pueblo fue fundado por los visigodos, pero no hay constancia de ello. Lo que sí parece cierto es que el término de Torres estuvo poblado sin interrupción desde época prehistórica. Durante la Edad Media musulmana estuvo formado por multitud de pequeñas aldeas o alquerías sin fortificar (*qarya*), situadas en los márgenes del fértil río Torres, lo que facilitó el desarrollo de una agricultura de irriga-

ción, organizadas en terrazas, en la que se cultivaba productos hortícolas, junto a cereal y olivo (VV. AA. 1997: 2551). Otro aspecto que también confirma la inexistencia de torres o fortalezas en el pueblo lo demuestra el hecho de que durante las famosas revueltas muladíes durante la crisis del emirato Omeya (s. IX), jamás se mencione el nombre de Torres, y sí el de Qal'at al-Asat. Al no contar con fortalezas, no tuvo un papel relevante en la historia. Y algo que nadie pone en duda es que Torres debió de estar habitado por muladíes y mozárabes. Además del propio río, el pueblo cuenta aún hoy con hasta nueve fuentes de agua. La abundancia del líquido elemento es tal, que se ha convertido en otro atractivo turístico. Destaca sobre todo el paraje llamado *Fuenmayor*, en donde manan aguas de la sierra, y un lugar conocido como *Cortijo de las Fuentes*.

Desde un punto de vista lingüístico, creemos que Torres podría provenir de la forma *turr más la vocal -i- propia de muchos hidrónimos, y así habríamos tenido la forma homónima de torres, en latín *turris. Pero más atractivo aún resulta el étimo *turras, cuyo testimonio se encuentra en muchos lugares de España. Y hemos comentado que la población de Torres debió de ser muladí. Por la zona existen algunos topónimos mozárabes como *Siles* (plural de *silas* 'silos'), y la *Sierra de Caniles*, en el propio término de Torres. Juan Antonio Chavarría Vargas (1997: 12-13), siguiendo implícitamente a Galmés de Fuentes, analiza el topónimo *Caniles* como un derivado del latín *cannellas* 'canalillos', diminutivo de 'canna', pero con el sentido de 'caña' o 'conducto de agua'. Esto refuerza no sólo la idea de que lo más característico del lugar lo constituían las fuentes de agua, sino también que la evolución fonética mozárabe -as> -es se produjo en la sierra de Torres, y, por tanto, es también verosímil que *Turras* se transformara en *Torres*, produciéndose así la confusión por homonimia.

5. El topónimo de Torrox

Hasta hace pocos años, nadie había cuestionado la etimología del conocido pueblo de la Axarquía malagueña. Simonet (1967: 545), Juan Antonio Chavarría Vargas (1997: 181-182), Juan Martínez Ruiz (2002: 253), Pancracio Celdrán (2003: 792) y otros autores sostienen que *Torrox* y *Turrus*, la correspondiente forma árabe, proceden sin ninguna duda del latín *turris*. Sin embargo, Agradós (2001: 572-573), basándose en la obra de J. H. Xavarino (1995), piensa que se podrían relacionar los hidrónimos *Torra* y *Torro* con este topónimo, por donde, curiosamente pasa el río del mismo nombre, igual que Torres. Hay que decir, sin embargo, que la obra de Xavarino, *Las raíces de iberia en la Toponimia de España y Portugal*, carece completamente de valor científico, pues sólo se basa en parecidos casuales, y carece de cualquier principio metodológico, salvo el único interés acumulativo de raíces. Desconoce, o no quiere conocer, los datos que proporcionan la historia y la arqueología, y rechaza los avances de la moderna lingüística histórica. Como botón de muestra, diremos que Xavarino aún sostiene la tesis vasco-iberista, según la cual en la Península Ibérica sólo se hablaría

una única lengua antes de la llegada de los romanos, algo que ha quedado ya completamente descartado desde hace casi un siglo: «La toponimia aborigen revela la existencia de una lengua original, propia y antiquísima que fue común a toda la Península Ibérica y que alcanzó una marcada expansión en sus entornos» (Xavarino 1995: 2). Sin embargo, a pesar de esta afirmación, Xavarino proporciona, como veremos más adelante, algunos datos que merecen ser tenidos en cuenta.

El nombre romano que recibió el actual Torrox fue *Caviclum* (Celdrán 2003: 792). Sin embargo, los árabes llamaron a esta localidad *Ṭurrus*. Este topónimo se documenta ya en Ibn Hayyān (s. XI) y en Idrīṣī (s. XII). En el siglo XV aparecen otras variantes como *Trox*, *Torrox* y *Terrogo* (Chavarría 1997: 181), transmitidas por fuentes cristianas. Sin embargo, existen otras varias Torrox en Andalucía: *Ṭurrus* (Torrox) entre Loja e Iznajar (villa rural); *Ṭurrus* de Guadix; *Ṭurrus* Aliqīn o Alicún de las Torres (Málaga); Qantarat *Ṭurrus* (Puente Torres, sobre el río Júcar, Valencia), *Ṭurrus*, castillo a orillas del Guadiaro, en la Cora de Algeciras; y Arroyo de Torrox en Coín (Málaga) (Enamorado 1995: 247). En la cora de Jaén también existió un lugar llamado Mary *Ṭurrus*, que hoy es conocido como *Torredelcampo*. La existencia de fortalezas en poblaciones que tienen este topónimo ha llevado unánimemente a pensar que *Ṭurrus* proviene del latín *Turrus*. Sin embargo, desde un punto de vista fonético existen algunos inconvenientes para aceptar esta propuesta. Generalmente, las fuentes hispanoárabes transcriben las vocales latinas *o* y *u* mediante la vocal damma (*u*) en la última consonante seguida de una *hā* sin vocal (*Tagus*>*Taḥuh*; *Iberus*>*Ibruḥ*...). El geógrafo al-Idrīṣī escribe *Burgus* para transcribir el nombre de la ciudad castellana de Burgos. Parece, por tanto, más probable que *Ṭurrus* transcriba un hipotético **Turrus*/*Turros*. Por otra parte, no existe ninguna dificultad para que en árabe *turrus* se transcriba con la terminación *-is*. Ibn Hayyān escribe *Sabta Turrus* (de *Septem Turres*, en Sevilla) (Simonet 1967: 588) y al-Idrīṣī menciona la ciudad valenciana de *Turis*. Era habitual transcribir la /i/ con la correspondiente grafía árabe *kasra*.

Por otro lado, los hispanoárabes jamás adoptaron el término latino *turrus* en su lengua. Como bien señala Mazzoli-Guintard (1998: 95-111), para hablar de las localidades protegidas e inexpugnables de al-Andalus, existía un vocabulario rico y variado: *burġ* 'torre', *ḥiṣn* 'fortaleza', *ṣūr* 'muralla', *qasaba* 'ciudadela', *qasr* 'castillo, palacio', *qal'a* 'plaza fuerte' y *ma'qil* 'fortelaza' (Mazzoli-Guintard 1998: 97). Para designar torres, además existen los términos *al-mariyya* (de donde procede el topónimo Almería), *al-talī'a* y *al-manāra* (Enamorado 1995: 261). El término *burġ* se usa para designar las torres de piedra, es decir, generalmente las que ya existían antes de la conquista árabe, pues generalmente los musulmanes construían mediante la técnica del tapial o *tabiyya*. Por tanto, los pretendidos topónimos procedentes del *turrus* latino deben ser pre-árabes o mozárabes. Pero al contrario de lo que a veces se ha señalado, en la antigüedad no existía la costumbre de designar lugares mediante el apelativo *turrus*, al menos en lo que se refiere a Hispania. Los antiguos itinerarios latinos sólo nos hablan de dos

turrís en toda la Península: *Turrís Lascutana* y *Turrís Regina*, en las proximidades de *Hasta Regia*, en Cádiz. Además, el *Itinerario de Antonino* habla de dos *Ad Turres*, una en Valencia y otra en la provincia de Ciudad Real. Pero no se trata realmente de topónimos, sino que *ad Turres* significa propiamente 'en las cercanías de las torres'. Cuando se designaba un lugar mediante este apelativo, siempre se le añadía un nombre propio o un adjetivo que lo distinguiera del resto, como siguió haciéndose en la Edad Media (por ejemplo, Torreblascopedro, Torreperogil, Torrequebradilla...). Por el contrario, los ríos de base *tur/turr no llevan nunca otro calificativo, pues se trata normalmente de ríos tan pequeños que generalmente no tenían nombre: *Turr- sólo significaba 'río, fuente, manantial'.

Torrox bien podría provenir de *Turrís*, pero creemos que también pudo producirse un caso de etimología popular. *Torrox* no sólo es el nombre del río que pasa por esta localidad, sino también el nombre de un arroyo que nace en Coín, y el de un puente que pasa por el río Júcar. Otras ciudades que se llaman *Torrox* se encuentran igualmente cercanas a un río o manantial. Recordemos además que existió un antropónimo prerromano *Turros*, y que aún en la actualidad se pueden encontrar varias lagunas y ríos llamados *Turro*. Retomando la obra de Xavarino, el autor que ya postuló que *Torrox* no procedía del latín *Turrís*, éste nos ofrece algunos paralelos bastante llamativos. En la provincia de Gerona hay un torrente llamado *Turrós* y otro *Turrós* con manantial y pozo que desemboca en el río Fluviá, en el término de San Ferreol, en la misma provincia. Un barranco denominado *Iturrochs* corre por el término de Urracel Alto (Navarra). Finalmente, en Isaba (Navarra) hay un manantial llamado *Turrotz* (Xavarino 1995:190). Se trata de ejemplos situados al norte de España, en los que hay que descartar el influjo del árabe.

6. Conclusión

Como advertíamos al comienzo de nuestro trabajo, la toponomástica es una de las disciplinas lingüísticas más resbaladizas. Tal vez no se pueda demostrar todo lo que hasta aquí se ha dicho. O quizá en el futuro nuevos hallazgos permitan confirmarlo. En todo caso, lo que pretendíamos con este estudio era cuestionar algo que se creía completamente seguro. Podemos acabar con las palabras del gran especialista en toponimia hispánica, Joan Corominas:

En el terreno de la onomástica prerromana hemos errado todos, unos más, otros menos. Y seguiremos pecando. [...] Pues antes que el silencio y estancamientos indefinidos sería preferible hablar malamente, aun acaso en mala dirección. Esto al menos sirve para concretar las ideas, concentrar las miradas sobre un problema, y sobre todo para llamar la atención hacia la necesidad y urgencia de emprender la labor bien hecha. Pero si ésta no se emprende, incurriremos todos en la responsabilidad de que en España la toponomástica se convierta definitivamente en la ciencia del acertijo: términos mutuamente contradictorios (Corominas 1971: 9-10).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADRADOS, Francisco R., 2001, «Torreadrada y Turégano». Francisco Villar y M^a. Pilar Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 571-579.
- CELDRÁN, Pancracio, 2003, *Diccionario de topónimos españoles y sus gentilicios*. Madrid: Espasa.
- CHAVARRÍA VARGAS, Juan Antonio, 1997, *Contribución al estudio de la toponimia latino-mozárabe de la Axarquía de Málaga*. Málaga: Servicio de Publicaciones [Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga].
- COROMINAS, Joan, 1971, *Tópica Hespérica*, I. Madrid: Editorial Gredos.
- ENAMORADO, Antonio et al., 1995, *Espacio y poblamiento. Una aproximación arqueológica a Teba y su entorno*. Málaga: Excelentísimo ayuntamiento de Teba, Diputación provincial de Málaga.
- HUBSCHMID, Johannes, 1960, «Toponimia prerromana». Manuel Alvar (ed.), *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid: C.S.I.C., I, 447-493.
- JIMÉNEZ COBO, Martín, 2000, *Jaén Romano*. Córdoba: Publicaciones Obra social y cultural Cajasur.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Manuel y Tomás QUESADA QUESADA, 1992, «En los confines de la conquista castellana: toponimia y poblamiento de los montes granadino-jiennenses en el siglo XIII según la documentación cristiana». *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino* 6, 2^a. época, 51-80.
- MARTÍNEZ RUÍZ, Juan, 2002, *El lenguaje del suelo (toponimia)*. Jaén: Publicaciones de la Universidad de Jaén.
- MAZZOLI-GUINTARD, Christine, 1998, «Hisn, qal'a, qasaba chez Al-Idrisi». *Qurtuba, estudios andalusies* 3, 95-111.
- PALOMAR LAPESA, Manuel, 1960, «Antroponimia prerromana». Manuel Alvar (ed.), *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid: C.S.I.C., I, 347-387.
- RIVAS QUINTAS, Eligio, 1994, *Lingua Galega, nevéis primitivos*. Santiago de Compostela: Edicións Laiovento.
- SALVATIERRA, Vicente, 2001, *La crisis del emirato omeya en el Alto Guadalquivir: precisiones sobre la geografía de la rebelión muladí*. Jaén: Universidad de Jaén.
- SCHULTEN, Adolf, 1963, *Geografía y etnolingüística antiguas de la Península Ibérica* (II). Madrid: C.S.I.C.
- SERRANO PEÑA, José Luis, 2004, «Las fortificaciones de Orongis/Aurgi». Las murallas de Jaén, número monográfico de *Arqueología y Territorio Medieval*. Jaén: Universidad de Jaén.
- SIMONET, Francisco Javier, 1967 [1888], *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*. Ámsterdam: Oriental Press.
- VILLAR, Francisco, 1995a, *Estudios de celtibérico y de toponimia prerromana*. Salamanca: Ediciones.
- _____, 1995b, «Los nombres de Tartessos». *Habis* 26, 243-70.
- _____, 2000, *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania Prerromana: las poblaciones y las lenguas prerromanas de Andalucía, Cataluña y Aragón según la información que nos proporciona la toponimia*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- _____, 2001, «Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Península Ibérica». Francisco Villar y Ma. Pilar Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 257-283.